



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 8**

# **CBX 108 ANTIGUO TESTAMENTO II**

Vílchez, José. “La Sabiduría antigua y Proverbios”. En *Sabiduría y sabios en Israel*, 83-119. Estella: Verbo Divino, 1995.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## V

### La Sabiduría antigua y Proverbios

Una vez que hemos determinado lo que entendemos por *Sabiduría antigua*, trataremos de explicar a partir de ahora cuál es su estrecha relación con el mundo sapiencial del Antiguo Testamento, en concreto con el libro de los Proverbios y con el Eclesiástico.

Formalmente hablando, el libro de los Proverbios es el más representativo de los sapienciales bíblicos. En él se encuentran los testimonios más simples y refinados del estilo literario sapiencial y los más antiguos con sus dos rostros: el de la sabiduría popular, aunque ya estilizada por los Sabios, y el de la sabiduría de escuela.

#### 1. El libro de los Proverbios es una colección de colecciones

Al que toma en sus manos el libro de los Proverbios y comienza a leerlo o simplemente a hojearlo, le sorprende un hecho poco común. El libro comienza con un título, al menos aparentemente: «Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel»; pero en 10,1 encontramos de nuevo: «Proverbios de Salomón». Esto ya sí es extraño. ¿Es que los anteriores proverbios no son también de Salomón, como acabamos de leer en 1,1? Nuestra sorpresa aumenta cuando en 22,17 se nos avisa que comienzan «sentencias de los sabios» y en 24,23 que «siguen sentencias de los sabios». Evidentemente estamos ante una serie de colecciones de sentencias o de máximas sapienciales

que aún no ha terminado. En 25,1 el editor nos ofrece «otros proverbios de Salomón que recogieron los escribientes de Ezequías, rey de Judá». Y para que se vea que no todo es sabiduría de casa o israelita, aún podremos leer a partir de 30,1: «Palabras de Agur, hijo de Yaqué, el masaíta» y, como broche final, las «Palabras de Lemuel, rey de Masá, que le enseñó su madre» en 31,1ss.

## **2. Composición y datación de Proverbios**

El libro de los Proverbios concentra la actividad de la sabiduría en Israel durante varios siglos, como el libro de Isaías la profecía, el Pentateuco la ley y la historia, y el Salterio la poesía religiosa. Hemos visto cómo el libro de los Proverbios es una colección de colecciones de dichos, sentencias, etc. Detrás de cada una de estas colecciones se puede suponer una larga y fatigosa historia de creadores de proverbios, de transmisores y de colectores de los ya creados: la actividad de tantos sabios anónimos, de discípulos y de maestros. Los estudiosos han intentado describir cómo se ha llegado a formar el libro de los Proverbios. Nosotros nos aprovechamos de su esfuerzo proponiendo en pocas líneas un probable proceso de composición.

Se admite comúnmente que las dos Colecciones salomónicas (10,1-22,16 y 25-29) son los polos de atracción de las demás Colecciones. Sobre cuál de las dos Colecciones salomónicas sea la primera no existe acuerdo; unos prefieren una, otros otra, o simplemente afirman la misma antigüedad para ambas.

Quizás no sea conveniente proponer la cuestión de esta manera, porque muy probablemente las colecciones se fueron formando poco a poco e independientemente hasta que el creador del libro, como tal, las recogió en un volumen. Sabemos que desde el tiempo salomónico los Sabios actuaban en Israel. Esta actividad fue más fecunda hacia mediados y finales del siglo VIII a.C. A esta labor de

los Sabios, continuada después ininterrumpidamente, se debe la recopilación de tradiciones orales, entre ellas las de tantas y tantas sentencias de sabiduría que forman el sustrato de las grandes Colecciones salomónicas y también de las otras Colecciones menores que se fueron formando poco a poco: 22,17-24,22 y 24,23-34; todas ellas contienen «sentencias de Sabios».

En cuanto a 30,1-31,9, no hay posibilidad de datarlos. Es muy probable que el editor final recogiera todo este material disperso y existente antes de él.

Nos quedan el inicio y el final del libro, es decir, Prov 1-9 y 31,10-31. Con excepción de algunas voces solitarias, el coro general de autores opina que son las partes más recientes de Proverbios y que probablemente las compuso el editor mismo del libro o, al menos, las adaptó al conjunto del libro. Así pues, la fecha de composición de Prov 1-9 y del poema 31,10-31 coincide con la del volumen tal y como ahora lo conocemos, que tiene como referencia, más acá de la cual no se puede pasar, el libro de Jesús Ben Sira o Eclesiástico (ca. 190 a.C.).

La versión griega o LXX de Prov, además de otras diferencias con el Texto hebreo (TM), ordena las Colecciones de manera diferente pero muy significativa. La Iª (Prov 1-9) y la IXª (Prov 31,10-31) son las mismas en LXX y TM: las más recientes abren y cierran el volumen de Proverbios con una visión unitaria y vertebrada de todo el conjunto. Las dos Colecciones salomónicas, es decir, la IIª (Prov 10,1-22,16) y la Vª (Prov 25-29), ocupan en LXX la segunda capa, que envuelve a todas las demás Colecciones menores en este orden: IIIª (22,17-24,22), VIª (30,1-14), IVª (24,23-34), VIIª (30,15-33) y VIIIª (31,1-9). De esta manera lo nuevo envuelve a lo más antiguo y en el centro lo intermedio. ¿Cuál era el orden original del volumen? No lo sabemos, ni quizás lleguemos a saberlo jamás. Lo importante es la obra que resta.

¿Qué sabemos de los distintos autores de las Colecciones, grandes o pequeñas? El libro se atribuye a Salomón ya en el primer verso: «Proverbios de Salomón». También la gran Colección IIª comienza: «Proverbios de Salomón» (10,1). Pero después de lo que hemos dicho, parece superfluo plantearse siquiera la pregunta de si Salomón fue realmente el autor del libro en su totalidad o al menos de las Colecciones que llevan su nombre. Delante de nosotros tenemos un caso de atribución o pseudonimia: como a Moisés se le atribuyen los escritos legales y a David los Salmos, a Salomón se le atribuyen los escritos sapienciales. Es muy difícil determinar las capas inferiores de la tradición que, indudablemente, llega a los tiempos salomónicos y aun los rebasa.

Tenemos que estar muy agradecidos a esa cadena anónima de sabios que pacientemente han ido recogiendo, como piedras preciosas, los proverbios y las sentencias que se repetían entre el pueblo y en las escuelas, y a las que ellos mismos aportaban sus creaciones más o menos originales. El último ejemplo nos lo da el editor del libro, probablemente hacia mitad del siglo III a.C.

### 3. Variedad de formas en Proverbios

En Proverbios reina el *māšāl* con toda su variedad, desde los más simples, como *la sentencia* de sabiduría –verbo en indicativo– y *los consejos* –verbo en modo imperativo y prohibitivo–, hasta los más complicados, como los diminutos tratados, los proverbios numéricos y los poemas alfabéticos.

#### 3.1. Paralelismo

Tanto las *sentencias* como los *consejos* por lo general son bimembres, es decir, constan de dos líneas o versos paralelos: *paralelismo de los miembros*. Si se compara el

contenido de los dos versos, el *paralelismo* es *sinonímico* si el verso segundo repite la idea del primero con términos semejantes, por ejemplo:

«El testigo falso no quedará impune,  
el que dice mentiras no se libra» (Prov 19,6).

El *paralelismo* es *antitético* si el segundo verso a la idea anterior opone otra en términos contrarios:

«Hay quien presume de rico y no tiene nada,  
quien pasa por pobre y tiene una fortuna» (13,7).

El *paralelismo* es *sintético* o *completivo* si el segundo verso desarrolla o completa el primero:

«Respetar al Señor es manantial vivo,  
que aparta de los lazos de la muerte» (14,27).

Al paralelismo pueden acompañarlo o sustituirlo otros recursos estilísticos, como son:

### 3.2. Formas valorativas

Estas formas están presentes en aquellos proverbios que expresan la estima o el rechazo de una conducta, de una cosa. Por ellos se descubre qué escala de valores está vigente en un ambiente determinado, coincidiendo con el sentir más común y general entre las personas que se consideran normales y prudentes.

a. Hay proverbios que rechazan una conducta o, por el contrario, aprueban un modo de proceder, apoyados en un fundamento estrictamente religioso. Ofrecemos algunos que van de lo más general a lo concreto:

«El Señor aborrece la conducta del malvado  
y ama al que busca la justicia» (15,9; cf. 11,20; 16,5).

«El Señor aborrece el sacrificio del malvado,  
la oración de los rectos alcanza su favor» (15,8; cf. 15,29;  
21,3.27).

«A quien absuelve al culpable y a quien condena al inocente,  
a los dos los aborrece el Señor» (17,15).

«El Señor aborrece las balanzas falsas  
y le gustan las pesas exactas» (11,1; cf. 16,11; 20,10.23).

*b.* Son muy numerosos los proverbios que utilizan la forma «más vale (mejor es)... que...», o la equivalente «cuánto más...».

No son muchos los proverbios en que se compara una cualidad con la riqueza o los metales preciosos:

«Mi fruto [el de la Sensatez] es mejor que el oro puro  
y mi renta vale más que la plata» (Prov 8,19; cf. 16,16; 22,1).

Por el contrario, son más frecuentes los proverbios que contienen un juicio moral sobre ciertas actitudes humanas, especialmente las que se relacionan con el pobre:

«Más vale pobre que traidor» (Prov 19,22).  
«Más vale poco con justicia que muchas ganancias injustas»  
(16,8; cf. 15,16; 16,19; 28,6).

Algunos son muy gráficos y pintorescos:

«Más vale plato de verdura con amor que buey cebado con rencor» (Prov 15,17).

«Más vale vivir en rincón de azotea que en posada con mujer pendenciera» (21,9 = 25,24; cf. 21,19).

Otros han conseguido formulaciones definitivas:

«Más vale maña que fuerza» (Prov 24,5).

«Más vale vecino cerca que hermano lejos» (27,10).

Con fórmulas equivalentes: «cuánto más...», en el segundo hemistiquio, véanse Prov 11,31; 15,11; 19,10.

*c.* También encontramos algunos proverbios con la típica fórmula del macarismo: «Dichoso, feliz el que...»:

«Dichoso quien se apiada de los pobres» (Prov 14,21b).

«Dichoso el que confía en el Señor» (Prov 16,20b; cf. también 3,13; 10,7; 20,7; 28,14; 29,18).

### 3.3. Comparaciones

Una comparación es una proposición en la que se cotejan dos o más términos por medio de la partícula *como*. El repertorio de las comparaciones en Proverbios es abundantísimo:

«Como vinagre a los dientes y (como) humo a los ojos; eso es el holgazán para quien le da un encargo» (Prov 10,26).

«Como rugido de león es la cólera del rey y como rocío sobre hierba es su favor» (19,12; cf. 20,2).

«Como frescura de nieve en tiempo de siega el mensajero fiel para quien lo envía» (25,13).

«Como nieve en verano, como lluvia en la siega, así el honor al necio» (26,1).

«Como gorrión que aletea, como golondrina que vuela, así la maldición injusta no va a ninguna parte» (26,2).

«Como pájaro escapado del nido es el vagabundo lejos de su hogar» (27,8).

«El malvado huye sin que lo persigan, el honrado va seguro como un león» (28,1; cf. 28,15).

Una mujer hacendosa «es como nave mercante que importa el grano de lejos» (31,14).

### 3.4. Metáforas

La metáfora se distingue de la comparación en que se suprime la partícula *como*; el predicado se dice directamente del sujeto en sentido figurado:

«El consejo es lámpara y la instrucción es luz, y es camino de vida la reprensión que corrige» (Prov 6,23; ver 20,27).

«Anillo de oro en jeta de puerco es la mujer hermosa falta de seso» (11,22; cf. 25,12).

«Las palabras de un hombre son agua profunda, arroyo que fluye, manantial de sensatez» (18,4; cf. 22,14; 23,27).

«La cólera del rey es rugido de león: quien la irrita se juega la vida» (20,2; cf. 19,12).



«Maza y espada y flecha aguda  
es el testigo falso contra su amigo» (25,18).  
«León rugiente y oso hambriento  
es el gobernante que oprime a los necesitados» (28,15; cf.  
28,1).

La metáfora es un recurso de estilo más atrevido que la comparación, por lo que su efecto literario suele ser más fuerte y poético.

### 3.5. Preguntas retóricas

Son aquellas que se hacen sabiendo, de antemano, la respuesta. Son muy aptas para expresar una convicción generalizada:

«¿Podrá uno llevar fuego en el seno  
sin que se le queme la ropa?,  
¿podrá uno caminar sobre ascuas  
sin abrasarse los pies?» (Prov 6,27s).  
«¿Quién se atreverá a decir:  
tengo la conciencia pura, estoy limpio de pecado?» (20,9).  
«Aunque digas que no lo sabías,  
¿no lo va a saber el que pesa los corazones?» (24,12).  
«Cruel es la cólera; arrolladora la ira;  
pero ¿quién resistirá a los celos?» (27,4).  
«¿Quién subió al cielo y luego bajó?,  
¿quién recogió el viento en una mordaza?,  
¿quién encerró el mar en la capa?,  
¿quién fijó los confines del orbe?,  
¿cuál es su nombre y su apellido,  
si es que lo sabes?» (30,4; ver además Prov 6,30; 17,16;  
18,14; 20,6; 31,10).

### 3.6. Breves escenas

Se trata de proverbios que presentan actitudes, generalmente dignas de reprensión, de algunos personajes típicos en la sociedad. En unos, los aludidos dicen en voz alta lo que piensan; en otros se habla de ellos, sin que re-

suene su voz. El tono es de fina ironía, por lo que alguno habla de *viñetas* irónicas o satíricas:

«“Malo, malo”, dice el que compra;  
después se aleja ponderando la compra» (Prov 20,14).  
«¡Afuera hay un león!, dice el holgazán,  
en plena calle me matará» (22,13; cf. 26,13).  
«Así procede la adúltera:  
Come, se limpia la boca y dice:  
“No he hecho nada malo”» (30,20).

En otros pasajes se alarga un poco el breve proverbio y se sustituye o no la palabra con una descripción de un tipo determinado, al que unas veces se juzga y otras no. Estos cuadros podrían llamarse *etopeyas*:

#### *El holgazán y la hormiga:*

«Acude a la hormiga, holgazán, observa su proceder y aprende; aunque no tiene jefe, ni capataz, ni gobernante, acumula grano en verano y reúne provisiones durante la cosecha. ¿Hasta cuándo dormirás, holgazán?, ¿cuándo sacudirás el sueño? Un rato duermes, un rato das cabezadas, un rato cruzas los brazos y descansas y te llega la pobreza del vagabundo y la indigencia del mendigo» (Prov 6,6-11).

#### *El borracho:*

«¿A quién los ayes?, ¿a quién los gemidos?, ¿a quién las riñas?, ¿a quién los lamentos?, ¿a quién los golpes de balde?, ¿a quién los ojos turbados? Al que se alarga con el vino y va catando bebidas. No mires al vino cuando rojea y lanza destellos en la copa; se desliza suavemente, al final muerde como culebra y pica como víbora. Tus ojos verán maravillas, tu mente imaginará absurdos; estarás como quien yace en alta mar o yace en la punta de un mástil. “Me han golpeado, y no me ha dolido; me han sacudido, y no lo he sentido; en cuanto despierte volveré a pedir más”» (Prov 23,29-35).

Sobre la adúltera que seduce al joven, véase el capítulo 7 de Prov.

### 3.7. Otras formas más complicadas

En el libro de los Proverbios encontramos todavía formas más elaboradas, cuyo texto no transcribimos por lo desmedido de su extensión. Enumeramos las principales con algunas referencias solamente:

– *Pequeños tratados* en Prov 1-9; su contenido lo analizaremos más adelante (cf. Prov 3,13-18.21-26.27-35; 4,20-27; 5,1-14.15-23; 6,1-19. 20-35).

*Discursos* de la Sabiduría: Prov 1,20-33; 8,1-36; 9,4-12; del maestro: 2,1-22; 3,1-35; de un padre: 4,1-27; de la Necedad: 9,16s.

*Proverbios numéricos* con el número dos: Prov 30,7.15a; con el número tres más uno: 30,15b-16.18-19.21-23.29-31; con el número cuatro: 30,24-28; con el número seis más uno: 6,16-19.

*Poema alfabético o acróstico*: el libro de los Proverbios termina con un poema de 22 versos (31,10-31), cada uno de los cuales empieza con una letra del alfabeto hebreo y por orden del Alef a la Tau.

Aunque es muy importante el estudio y conocimiento del libro de los Proverbios desde el punto de vista formal, mucho más lo es desde el punto de vista analítico o de contenido, como veremos a continuación.

## 4. Variedad temática en Proverbios

Proverbios, en cuanto libro o gran colección de proverbios, es un libro destinado primordialmente a la enseñanza: ver los cinco infinitivos finales de los primeros versos: «*Para adquirir* sensatez y educación, *para entender* máximas..., *para obtener* una educación acertada..., *para enseñar* sagacidad...» (1,2-6).

¿Cuál es el contenido de esta enseñanza? O lo que es lo mismo, ¿cuál debe ser la adecuada programación para «obtener una educación acertada»? La respuesta vale pa-

ra toda Sabiduría antigua, pues todas ellas tienen la misma finalidad, como vimos en capítulos anteriores. En lo que sigue propondremos una serie de temas importantes que son tratados en Proverbios y que sirven para obtener esa educación ideal.

#### *4.1. Amor a la Sabiduría*

Desde el inicio de Prov la Sabiduría, que ya conocemos, se presenta como figura intermedia entre el discípulo-lector y Dios. Por medio de ella conocemos la voluntad del Señor; en sí misma ella es el reflejo perfecto del contenido de la Ley del Señor. Los motivos para amar a la Sabiduría y seguirla son numerosísimos.

– La Sabiduría tiene un origen divino:

«El Señor me creó como la primera de sus tareas.  
al comienzo de sus obras antiquísimas.  
Desde antiguo, desde siempre fui formada,  
desde el principio, antes de...» (Prov 8,22-31; cf. Eclo 1,9-10).

– Ella es digna de ser amada, porque responde al amor con amor, y por sus incontables riquezas:

«Yo amo a los que me aman,  
los que madrugan por mí me encuentran.  
Yo traigo riqueza y gloria,  
fortuna sólida y justicia;  
mi fruto es mejor que el oro puro,  
mi renta vale más que la plata.  
Camino por la vía de la justicia  
y sigo las sendas del derecho,  
para legar riquezas a mis amigos  
y colmar sus tesoros» (Prov 8,17-21).

«Dichoso el que alcanza sabiduría,  
el hombre que adquiere inteligencia:  
es mejor mercancía que la plata,  
produce más rentas que el oro,

es más valiosa que los corales,  
no se le compara joya alguna;  
en la diestra trae largos años,  
en la izquierda honor y riqueza;  
sus caminos son deleitosos  
y sus sendas son tranquilas,  
es árbol de vida para los que la agarran,  
son dichosos los que la retienen» (Prov 3,13-18).

– La Sabiduría, como una madre, llama personalmente e invita a que se le escuche y se acepte su invitación:

«Por tanto, hijos, escuchadme:  
dichosos los que siguen mis caminos.  
Escuchad mi corrección y seréis sensatos,  
dichoso el hombre que me escucha,  
velando en mi portal cada día,  
guardando las jambas de mi puerta.  
Pues quien me alcanza, alcanza vida  
y goza del favor del Señor.  
Quien me pierde, se arruina a sí mismo;  
los que me odian aman la muerte» (Prov 8,32-36; cf. 1,20-33; 2,1-5; 3,21-25; 9,1-2).

– La Sabiduría enseña la justicia y el derecho, y libra de todos los peligros a sus seguidores:

«Entonces comprenderás la justicia y el derecho,  
la rectitud y toda conducta buena,  
porque entrará en tu mente la sabiduría  
y sentirás gusto en el saber,  
la sagacidad te guardará,  
la prudencia te protegerá  
para librarte del mal camino,  
del hombre que habla perversamente,  
de los que abandonan el sendero recto  
para seguir caminos tenebrosos» (Prov 2,9-13).

– Se comprende por qué los maestros insisten tanto en la adquisición de la sabiduría, cueste lo que cueste:

«Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia,  
no la olvides, no te apartes de mis consejos;  
no la abandones, y te guardará;  
ámala, y te protegerá.

El principio de la sabiduría es: “Adquiere sabiduría”,  
con todos tus haberes adquiere prudencia;  
estímala, y te hará noble;  
abrázala, y te hará rico;  
pondrá en tu cabeza una diadema hermosa,  
te ceñirá una corona esplendente» (Prov 4,5-9).

#### *4.2. Prov y la vida personal*

Nos proponemos ahora analizar la riqueza del contenido de Prov desde el punto de vista del lector. Partimos de él mismo, como el círculo más central y pequeño.

##### *a. El individuo, el primer alumno*

El individuo es el auditorio más cercano al maestro. También a él, antes que a ningún otro, van dirigidos los avisos, las correcciones y amonestaciones:

«Hijo mío, atiende a mis palabras,  
presta oído a mis consejos:  
que no se aparten de tus ojos,  
guárdalos dentro del corazón;  
pues son vida para el que los consigue,  
son salud para su carne.  
Por encima de todo guarda tu corazón,  
porque de él brota la vida...  
Allana el sendero de tus pies,  
que todos tus caminos sean seguros,  
no te desvíes a derecha ni a izquierda,  
aparta tus pasos del mal» (Prov 4,20-27; cf. 4,10-13; 7,1-2).

Al maestro le interesa que el discípulo adquiera ante todo sensatez, garantía de bienes sin cuento:

«Hijo mío, no las pierdas de vista,  
conserva el tino y la reflexión:

serán vida para tu alma  
y adorno para tu cuello;  
seguirás tranquilo tu camino  
sin que tropiecen tus pies,  
te acostarás sin alarmas,  
te acostarás y el sueño te será dulce» (Prov 3,21-24; cf. 6,20-23; 15,31s).

#### b. Desprestigio del holgazán

En Prov se enseña y se alaba positivamente que hay que ser diligente en el trabajo:

«Brazo diligente enriquece» (Prov 10,4b; cf. 11,16d; 12,27b).

«El diligente sacia su apetito» (13,4b; cf. 10,5a).

«La mujer hacendosa es corona del marido» (12,4a; ver 31,10-31).

Los autores de Prov reconocen en la práctica que la reprensión irónica del vicio es bastante más eficaz que la simple recomendación de la virtud. Por esto se complacen en multiplicar los proverbios que desautorizan la holgazanería; al mismo tiempo ridiculizan al holgazán, que, a pesar de todo, «se cree más sabio que siete que responden con acierto» (Prov 26,16).

– Están en primer lugar los proverbios que hablan de los grandes deseos del holgazán sin pasar de ahí:

«El holgazán desea mucho y no obtiene nada,  
el diligente sacia su apetito» (13,4; cf. 21,25).

– O los proverbios que describen los graves males que acompañarán al holgazán:

«La pereza desploma en el sueño,  
el holgazán pasará hambre» (19,15).

«Bebedores y comilones se arruinarán  
y el holgazán se vestirá de harapos» (23,21; cf. 10,4; 11,16cd; 12,24.27).

– La holgazanería paraliza todas las fuerzas y resortes del holgazán, y suscita los fantasmas del miedo:

«¡Afuera hay un león!, dice el holgazán,  
en plena calle me matará» (22,13; cf. 26;13).

«El holgazán mete la mano en el plato  
y le cansa llevársela a la boca» (26,15; cf. 19,24).

«La puerta da vueltas en el quicio,  
el perezoso en la cama» (26,14).

– También están los proverbios que se relacionan con el trabajo estacional del campo:

«El holgazán no ara en otoño,  
en la cosecha pide y no encuentra» (20,4; cf. 10,5; 12,11).

– Por último encontramos repetida en Prov una misma reflexión, precedida por dos descripciones modélicas: la de la hormiga en Prov 6,6-11, anteriormente citada, y la del holgazán:

«Pasé por el campo del perezoso, por la viña del hombre sin juicio: todo era espinas que crecían, los cardos cubrían su extensión, la cerca de piedras estaba derribada; al verlo, reflexioné; al mirarlo, escarmenté. Un rato duermes, un rato descansas, un rato cruzas los brazos y descansas, y te llega la pobreza del vagabundo, la indigencia del mendigo» (Prov 24,30-34; cf. 15,19).

### c. Prudencia en el hablar

En cualquier cultura el hombre descubre lo más oculto de sí mismo, lo que le caracteriza, por medio de su palabra; en un medio eminentemente oral, la palabra, además, tiene un puesto de privilegio. Por esto los sabios la estiman tanto. Prov da testimonio de ello:

– Con sus sentencias sobre el recto uso de la palabra:

«¡Qué alegría saber responder,  
qué buena es la palabra oportuna» (Prov 15,23).



– Con las recomendaciones para guardar secretos o mantenerse en silencio:

«Quien se muerde los labios es discreto» (Prov 10,19b).

«Quien guarda la boca y la lengua se guarda de aprietos» (21,23; cf. 11,13b).

– Con la crítica acerba de la demasía en el hablar por las malas consecuencias:

«En mucho charlar no faltará pecado» (Prov 10,19a);

«Quien anda charlando divulga secretos» (11,13a; cf. 12,18s; 14,23b; 29,20).

#### d. La justicia ante todo

La sensibilidad de los sabios por la justicia queda plasmada en proverbios que son la herencia de una humanidad triturada por las injusticias. Ellos procuran inculcarla en los discípulos con aplicaciones prácticas de gran trascendencia:

– Como testimonio de la propia existencia:

«El que respira la verdad declara con justicia, el testigo falso con mentiras» (Prov 12,17);

– Por su valor intrínseco y en comparación con las riquezas:

«Más vale poco con justicia que muchas ganancias injustas» (16,8);

– Por los frutos y recompensa segura:

«El que siembra justicia tiene paga segura» (11,18a);

«El que mide lo que es justo vivirá» (11,19a);

«El que busca justicia y misericordia alcanzará vida y gloria» (21,21).

#### e. Actitud ante la riqueza y la pobreza

Anteriormente hemos recordado algo de lo que los sabios piensan y dicen acerca del holgazán y perezoso. En-

tonces adujimos como testimonio importante el pasaje de Prov 10,4 que dice: «Mano perezosa empobrece, brazo diligente enriquece» (cf. 11,16cd; 12,27). La pobreza se ve, pues, como la consecuencia lógica de la actitud reprochable del perezoso, y la riqueza como el premio laudable de la laboriosidad y del trabajo. Según esto, la riqueza en sí no es mala, sino buena y deseable.

Sin embargo, son muchos los proverbios que contienen un juicio negativo de las riquezas. ¿A qué puede deberse esta aparente contradicción?

En primer lugar hemos de reconocer que la simple acumulación de bienes de suyo no es un valor absoluto, más bien las riquezas ofrecen al hombre un punto de apoyo bastante frágil, si se confía ciegamente en ellas (cf. Prov 18,11) o se espera todo de ellas. La experiencia enseña que «quien confía en sus riquezas se marchita» (Prov 11,28a), no se salva del tributo del tiempo, de los contratiempos, de la muerte, lo mismo que el que no tiene nada. Ante la justicia venal humana quizás pueda algo el poder del dinero (cf. Prov 17,23), pero a la hora de la verdad «no aprovecha la fortuna el día de la ira» (Prov 11,4a), cuando llega la desgracia inevitable, o el día del ajuste de cuentas ante Dios.

En el caso de que las riquezas hayan sido mal adquiridas, el juicio negativo es aún más severo:

- «Tesoros mal ganados no aprovechan» (Prov 10,2a).
- «Acumular tesoros con boca falsa  
es soplo que se esfuma, lazos mortales» (21,6).
- «El avaro se apura por enriquecerse  
y no sabe que le llegará la miseria» (28,22).

No existe, sin embargo, en Proverbios un juicio positivo de la pobreza; sí una actitud abiertamente favorable al pobre en circunstancias particulares:

- «Más vale ser modesto y tener un criado  
que presumir de rico y no tener nada» (Prov 12,9).
- «Más vale mendrugo seco con paz

que casa llena de festines y pependencias» (17,1; cf. 15,16; 16,8).

También hay alabanzas para la piedad con el pobre y amenazas para el que lo desprecia, con motivaciones teológicas:

«Dichoso quien se apiada de los pobres» (Prov 14,21b).  
 «Quien se burla del pobre afrenta a su Hacedor, quien se alegra de la desgracia no quedará impune» (17,5).

Es, por tanto, muy razonable la actitud serena del sabio que defiende la *aurea mediocritas*:

«Dos cosas te he pedido a ti;  
 no me las rehúses mientras viva:  
 aleja de mí falsedad y mentira;  
 no me des riqueza ni pobreza,  
 concédeme mi ración de pan;  
 no sea que me sacie y reniegue de ti,  
 diciendo: ¿Quién es el Señor?;  
 no sea que, necesitado, robe  
 y abuse del nombre de mi Dios» (Prov 30,7-9).

Estos versos proponen un alto ideal de vida, que parece inspirarse en Dt 8,7-18 (cf. 1 Tim 6,8).

#### 4.3. *Prov y la vida en familia*

La familia es una de las instituciones que salen mejor paradas en toda la tradición sapiencial, fuera y dentro de Israel. En el hogar familiar se conserva y se transmite de padres a hijos el legado de los antepasados. Una buena parte de este legado lo constituye la sabiduría acumulada, la cual en buena medida ha sido forjada en el mismo hogar familiar.

El cabeza o padre de familia es el depositario de este precioso legado. Al padre corresponde por derecho las funciones del maestro, especialmente las de enseñar y corregir.

En cuanto al ejercicio de la enseñanza, el libro de los Proverbios nos ofrece numerosos pasajes. La apelación *hijo mío* es prueba de ello, sin que por esto sea necesario que hable siempre el padre o la madre.

Prov 3-4 contienen enseñanzas paternas de todo orden:

«Hijo mío, no olvides mi instrucción,  
conserva tu memoria mis preceptos» (3,1).  
«Que no te abandonen bondad y lealtad» (3,3).  
«Confía en el Señor de todo corazón  
y no te fíes de tu propia inteligencia;  
en todos tus caminos tenlo presente,  
y él allanará tus sendas.  
No te tengas por sabio,  
respetar al Señor y evitar el mal» (3,5-7; cf. vv.9.11s).  
«No niegues un favor a quien lo necesita,  
si está en tu mano hacérselo.  
Si tienes, no digas al prójimo:  
“Vete y vuelve, mañana te lo daré”.  
No trames daños contra tu prójimo...  
No pongas pleito a nadie sin motivo...  
No envidies al violento  
ni escojas ninguno de sus caminos» (3,27-31; cf. 4,1-7).

Contra el adulterio y la seducción de la ramera véase Prov 6,24-29 y 7,1ss.

También abundan los proverbios que contienen correcciones expresas de los padres (y maestros):

«Hijo mío, escucha los avisos de tu padre,  
no rechaces las instrucciones de tu madre» (Prov 1,8; cf. 5,7).  
«Escuchad, hijos, la corrección paterna;  
atended, para aprender prudencia» (4,1).  
«Hijo sensato acepta corrección paterna,  
el insolente no escucha la reprensión» (13,1; cf. 15,5.16.20.27).

En este contexto, en que se subraya fuertemente la autoridad paterna, se comprende que sean muy rígidas las normas para la educación de los hijos:

«Palos y reprensiones meten en razón,  
 muchacho consentido avergüenza a su madre» (Prov 29,15).  
 «No ahorres castigo al muchacho:  
 porque le azotes con la vara no morirá;  
 tú lo azotas con la vara  
 y libras su vida del Abismo» (23,13s).  
 «Quien escatima la vara odia a su hijo,  
 el que lo ama lo corrige temprano» (13,24; cf. 19,18; Eclo  
 30,1-13).

A Dios mismo se le aplica la misma forma de proceder, pues se dice: «No rechaces, hijo mío, el castigo del Señor, no te enfades por su reprensión, porque al que ama lo reprende el Señor, como un padre al hijo querido» (Prov 3,11-12). Normas parecidas han estado vigentes casi hasta nuestros días en los sistemas educativos de todas las sociedades. De ello dan fe algunos de nuestros refranes:

«Quien bien te quiere te hará llorar».  
 «La letra con sangre entra».  
 «Al hijo querido, el mayor regalo es el castigo».

Una última prueba de la gran estima en que se tenía la vida familiar es que para los antiguos el hogar feliz era aquel en el que convivían varias generaciones: desde los abuelos hasta los nietos (ver Rut y Tobías), pues «corona de los ancianos son los nietos, honra de los hijos son los padres» (Prov 17,6).

#### *4.4. Prov y la vida en sociedad*

Del círculo íntimo familiar salimos al más amplio de la vida en la sociedad. En él se dan las más variadas relaciones y Prov, como libro que inicia en la vida a los inexpertos, prácticamente hace un recuento exhaustivo de ellas. Nosotros analizaremos solamente algunas visiones de conjunto, el cuadro de las injusticias sociales, los peligros morales que amenazan por doquier y, por último, la realidad trascendente de la autoridad civil (el rey) en la sociedad.

## a. Visiones generales de las antítesis

Es un hecho bien conocido que las antítesis polares indican universalidad, totalidad, por ejemplo: *cielo/tierra* equivale a *todo, universo*. Sólo haremos mención de tres pares de antítesis polares en Prov, a saber: de *sensato/necio*, de *honrado/malvado* y de *pobre/rico*.

## – Sensato/necio

La pareja nos es ya familiar, puesto que en el medio sapiencial es de las más utilizadas. Sirve para señalar las dos actitudes fundamentales que el hombre puede tener en la vida desde el punto de vista de la sabiduría: la *correcta* (la del sensato) y la *equivocada* (la del necio). En un primer momento la calificación de sensato o necio no implica moralidad alguna. Se trata de actitudes *acertadas* o *no acertadas*, por ejemplo, en los negocios, en la administración. Las consecuencias serán positivas para uno (el *sensato*), negativas para el otro (el *necio*); pero no necesariamente buenas o malas. En la práctica falta muy poco para que se lleve a cabo la equiparación entre *sensato* = *honrado* y *necio* = *malvado*.

En el libro de los Proverbios son muy numerosas las sentencias en las que aparece la antítesis *sensato/necio* con valor totalizante:

- «Hijo sensato, alegría de su padre;  
hijo necio, pena de su madre» (Prov 10,1; cf. 10,8.23).
- «El necio está contento de su proceder,  
el sensato escucha el consejo» (12,15; cf. 12,16.23).
- «El sagaz actúa con prudencia,  
el necio propala su necedad» (13,16; cf. 14,3.8.16).
- «La sabiduría está delante del sensato,  
pero el necio mira al confín del mundo» (17,24).

## – Honrado/malvado

La presente bina antitética presenta la totalidad de la vida moral del hombre según sus caras positiva y negati-

va. La antítesis no da lugar a conductas ambiguas o neutrales. Tal vez peca de simple la visión general por falta de matizaciones; pero el contenido de los proverbios es irrefutable, como vemos en las siguientes muestras:

«La boca del justo es manantial de vida,  
la boca del malvado encubre violencia» (Prov 10,11; cf. 10,16; 12,13; 16,22).

«Al malvado le sucede lo que teme,  
al honrado se le da lo que desea» (10,24; cf. 10,25-32).

«Los malos se doblarán ante los buenos,  
y los malvados, a la puerta del honrado» (14,19; cf. 14,32; 29,27).

«El malvado huye sin que lo persigan,  
el honrado va seguro como un león» (28,1).

#### – Pobre/rico

El individuo, la persona, en cuanto ser capaz de relacionarse con otros semejantes, es el protagonista de la vida social. Pero las personas de hecho se caracterizan por la situación social que ocupan en la comunidad. Esta situación ciertamente es secundaria y circunstancial; sin embargo, en la mayoría de los casos es decisiva. El que nos ocupa es claro ejemplo de ello. El ser rico o pobre no es consustancial al hombre: uno mismo puede ser rico y convertirse en pobre y viceversa. Casi todos los proverbios que tratan del rico y del pobre en Prov salen al paso de los juicios equivocados que prevalecen en la sociedad de aquel tiempo (y de todos los tiempos). Unos afirman simplemente:

«Más vale pobre que procede con integridad  
que rico pervertido de conducta doblada» (28,6; cf. 13,8; 16,19).

Otros aducen motivaciones religiosas muy profundas:

«El rico y el pobre se encuentran,  
a ambos los hizo el Señor» (22,2).

«No explotes al pobre porque es pobre;  
no atropelles al desgraciado en el tribunal,  
porque el Señor defenderá su causa  
y despojará de la vida a los que lo despojan» (22,22s; cf.  
19,17; 21,13; 28,27).

La mayoría de los proverbios constata el hecho de la distinción entre ricos y pobres, y refleja el sentir vulgar sobre esta realidad, en muchos casos con bastante cinismo:

«Hay quien presume de rico y no tiene nada,  
quien pasa por pobre y tiene una fortuna» (13,7).  
«La riqueza procura muchos amigos,  
al pobre lo abandonan sus amigos» (19,4; cf. 6s; 14,20).  
«La fortuna del rico es su baluarte,  
la miseria es el terror del pobre» (10,15; cf. 18,11).

#### b. El exceso y la moderación en el vino

Anteriormente (§ 3.6) hemos hecho mención de la descripción, literariamente modélica, del estado al que llega el bebedor empedernido según Prov 23,29-35. El vino sintetiza el lado negativo de las antítesis precedentes, cuando se bebe con exceso.

– El vino hace del bebedor en demasía un insensato:

«El vino es insolente, el licor es ruidoso;  
quien pierde por él el tino no se hará sensato» (Prov 20,1).

– Por el exceso de vino el gobernante no imparte justicia:

«No es de reyes, Lemuel,  
no es de reyes darse al vino  
ni de gobernantes darse al licor,  
porque beben y olvidan la ley  
y pervierten el derecho de los desgraciados» (31,4-5).

– El que se da al vino ha tomado el camino seguro del pobre mendigo:



«Quien ama los festejos acabará mendigo,  
quien ama vino y perfumes no llegará a rico» (21,17).

Sin embargo, la Sagrada Escritura no ahorra los elogios al vino, cuando se bebe con moderación. La vid y su fruto, el vino, están entre los más preciados bienes de Palestina. Melquisedec ofrece a Abrahán, como el mejor agasajo, pan y vino (cf. Gén 14,18). En la fábula de Yotán los árboles quisieron nombrar a la vid su rey, «pero dijo la vid: ¿Y voy a dejar mi mosto, que alegra a dioses y hombres, para ir a mecarme sobre los árboles?» (Jue 9,13; cf. Sal 104). El mejor elogio del vino lo hace Jesús Ben Sira:

«¿A quién da vida el vino?  
Al que lo bebe con moderación.  
¿Qué vida es cuando falta el vino,  
que fue creado al principio para alegrar?» (Eclo 31,27).

En Prov 3,10 se considera al vino como una bendición para el que honra al Señor:

«Honra al Señor con tus riquezas...  
y tus graneros se colmarán de grano,  
tus lagares rebosarán de mosto» (3,9-10).

Y en Prov 9,2 y 5 el vino forma parte del menú preparado por la Sabiduría en su banquete:

«[La Sabiduría] ha matado las reses, mezclado el vino  
y puesto la mesa...  
“Venid a comer mis manjares  
y a beber el vino que he mezclado”».

En ciertas ocasiones hasta es bueno ofrecer vino y licor al que se sabe que lo va a beber con exceso:

«Dad el licor al vagabundo  
y el vino al afligido.  
Que beba y olvide su miseria,  
que no se acuerde de sus penas» (31,6-7).

c. Injusticias sociales

Los profetas de Israel se distinguieron por su valentía, al acusar públicamente las injusticias cometidas por los poderosos. Los Sabios también levantaron su voz contra las injusticias de su tiempo con los medios a su alcance: no con discursos ardientes, sino con dichos y proverbios, como espadas y flechas afiladas.

La división dolorosa entre ricos y pobres ocasionaba situaciones de máxima injusticia. A esto hace referencia Prov 14,31: «Quien explota al necesitado, afrenta a su Hacedor; quien se apiada del pobre, lo honra».

En una sociedad sana los tribunales están para administrar justicia. Si impera la justicia, reinará la paz, la seguridad, la prosperidad, pues «la justicia hace prosperar a una nación» (Prov 14,34a). Pero si los jueces se dejan sobornar por el dinero o por presión del poder establecido, es señal evidente de que la sociedad está corrompida de raíz. El libro de los Proverbios en este particular es explícito:

«El malvado acepta soborno bajo cuerda para torcer el curso de la justicia» (17,23).  
«No es justo favorecer al culpable negando su derecho al inocente» (18,5).  
«No es justo ser parcial al juzgar: a quien declara inocente al culpable la gente lo maldice y se irrita contra él» (24,23s; cf. 17,15).

Las injusticias se dan también entre los ciudadanos, cuando, por ejemplo, se falsifican pesas y medidas:

«El Señor aborrece pesas desiguales, no es justa la balanza con trampa» (20,23; ver también 20,10; 11,1; 16,11).

O se cambian fraudulentamente los linderos:

«No remuevas los linderos antiguos que colocaron tus abuelos» (22,28; cf. 23,10s).

No basta con la condena de las injusticias sociales, aunque sea tan rotunda; es necesario atacar más profundamente a la raíz.

Hay proverbios que formulan principios generales positivos, como:

«Quien desprecia a su prójimo, peca» (14,21a; cf. 11,12a);

o principios negativos, tales como:

«No trames daños contra tu prójimo,  
mientras vive confiado contigo.  
No pongas pleito a nadie sin motivo...  
No envidies al violento» (3,29-31).

Con sus motivaciones de orden religioso:

«Porque el Señor aborrece al perverso,  
pero se confía a los hombres rectos;  
el Señor maldice la casa del malvado  
y bendice la morada del honrado» (3,22s).

#### d. Los peligros que amenazan

Una de las funciones principales de los maestros de sabiduría es la de prevenir a los jóvenes de los graves peligros que acechan por todas partes. Aquí es donde debe aparecer en todo su esplendor el valor de la experiencia.

Tan importante como seguir el recto camino, las huellas de los hombres de bien: «Escucha, hijo mío, sé juicioso, encamina bien tu mente» (Prov 23,19), es apartarse de los necios y de los hombres de mala vida:

«Deja la compañía del necio,  
pues no descubriste saber en sus labios» (Prov 14,7).  
«No te juntes con bebedores ni vayas con comilones,  
porque bebedores y comilones se arruinarán  
y el holgazán se vestirá de harapos» (23,20s);

porque «el camino de los malvados es tenebroso, no sa-

ben dónde tropezarán» (Prov 4,19), ni en qué profunda fosa van a caer. Por tanto:

«No entres por el sendero de los malvados,  
no pises el camino de los perversos;  
evítalo, no lo atraveses;  
apártate de él y sigue» (4,14s).

Hay que hacer oídos sordos a las invitaciones de los impíos (cf. Prov 1,10-19) y, muy especialmente, a las dulces palabras seductoras que la adúltera y la prostituta dirigen al joven inexperto (cf. Prov 7,4-23), ya que «sus pies bajan a la Muerte y sus pasos se dirigen al Abismo» (Prov 5,5; cf. 7,26s). Lo prudente será alejarse de su presencia (cf. Prov 5,8) como del fuego:

«¿Podrá uno llevar fuego en el seno  
sin que se le queme la ropa?  
¿Podrá uno caminar sobre ascuas  
sin abrasarse los pies?» (6,27s).

De lo contrario uno tendrá que lamentarse en vano después (cf. Prov 5,11-14; 6,30-35), pues

«Fosa profunda es la mala mujer,  
pozo angosto es la ramera;  
se pone al acecho como un salteador  
y provoca traiciones entre los hombres» (23,27s).

#### e. La amistad

Si la sociedad es como un desierto donde acechan al caminante peligros por todas partes, también hay oasis en el desierto. El amigo sincero es ese oasis en la sociedad insolidaria y enemiga. Jesús Ben Sira canta al amigo como ningún otro sabio; suyas son estas palabras:

«Al amigo fiel tenlo por amigo;  
el que lo encuentra, encuentra un tesoro;  
un amigo fiel no tiene precio  
ni se puede pagar su valor;  
una amigo fiel es un talismán:  
el que teme a Dios lo alcanza» (Eclo 6,14-16).

En Prov encontramos también proverbios sobre el amigo fiel comparables a los de Jesús Ben Sira. La amistad probada, y más si viene de antiguo, debe mantenerse; es más fiel que el amor de un hermano. A la memoria viene la amistad entre David y Jonatán (cf. 2 Sam 1,17-27):

«No abandones al amigo tuyo y de tu padre,  
y en la desgracia no vayas a casa de tu hermano.  
Más vale vecino cerca que hermano lejos» (Prov 27,10).  
«Hay amigo más unido que un hermano» (18,24b).  
«El amigo ama en toda ocasión,  
el hermano nació para el peligro» (17,17).

El mejor consejo es el consejo de un amigo:

«Perfume e incienso alegran el corazón,  
el consejo del amigo endulza el ánimo» (29,9).

El amigo verdadero busca siempre lo mejor para el amigo, aunque para ello tenga que reprender y herir frente a las zalamerías del enemigo encubierto:

«Más vale reprensión abierta  
que amistad encubierta.  
Leal es el golpe del amigo,  
falaz el beso del enemigo» (27,5-6).

La auténtica amistad «disimula la ofensa» (17,9a); pero se pierde con la repetición de las infidelidades (cf. 17,9b; 16,28). La acusación falsa siempre será una alevosa traición; y si es contra un amigo machaca y destroza su corazón:

«Maza y espada y flecha afilada  
el falso testigo contra su amigo» (25,18).

#### f. La autoridad civil en Prov

El modelo de sociedad que está presente en Prov es el que estuvo vigente en Israel desde el advenimiento de la monarquía con Saúl y David. Es el mismo modelo rei-

nante en todo el *Creciente fértil* antiguo, de Mesopotamia a Egipto. La autoridad civil en todas sus manifestaciones emana del único monarca absoluto, el cual, a su vez, la recibe de la divinidad.

En Israel el rey es el elegido del Señor, su hijo adoptivo por excelencia, su representante visible en la tierra. David es la encarnación del modelo permanente, como manifiesta la profecía de Natán, constantemente recordada: «Ve a decir a mi siervo David (...) Así dice el Señor de los ejércitos: “Yo te saqué de los apriscos, de andar tras las ovejas, para ser jefe de mi pueblo, Israel (...) Y cuando llegue el momento de irte con tus padres, estableceré después de ti a un descendiente tuyo, a uno de tus hijos, y consolidaré su reino (...) Lo estableceré para siempre en mi casa y en mi reino y su trono permanecerá eternamente» (1 Crón 17,4.7.11.14; cf. 2 Sam 7,5-16).

En Prov la Sabiduría está en lugar de Dios:

«Por mí [la Sabiduría] reinan los reyes  
y los príncipes dan decretos justos,  
por mí gobiernan los gobernantes  
y los nobles dan sentencias justas» (Prov 8,15s).

El hombre nunca podrá comprender a Dios, por eso en Isaías leemos: «Verdaderamente tú eres un Dios escondido» (45,15). Según la mentalidad israelita el rey entra, de alguna manera, en la esfera de lo divino. Así se explica que se inculque en el que va a ser o es funcionario del rey el respeto y el temor saludable ante Dios y ante el rey:

«Hijo mío, teme al Señor y al rey;  
no provoques a ninguno de los dos,  
porque de repente salta su castigo,  
y ¿quién conoce su furor?» (Prov 24,21-22).

El rey idealizado (el gobernante puesto al frente del pueblo e identificado con su suerte y su destino) alcanza medidas cósmicas:

«La altura del cielo, la hondura del suelo  
y el corazón de los reyes son insondables» (25,3).

Sin embargo, ese corazón insondable está patente a Dios y en sus manos es manejable como el agua de una acequia:

«El corazón del rey es una acequia en manos de Dios:  
la dirige a donde quiere» (21,1).

El rey, como juez nato del pueblo, debe investigar a fondo las causas que le presentan (cf. Prov 25,26), para que se le pueda aplicar con razón el proverbio: «Hay un oráculo en los labios del rey: su boca no yerra en la sentencia» (Prov 16,10).

En el orden moral el rey ideal practica la justicia como Josías, padre de Joaquín, según el profeta Jeremías: «Si tu padre [Josías] comió y bebió y le fue bien, es porque practicó la justicia y el derecho; hizo justicia a los pobres e indigentes, y eso sí que es conocerme –oráculo del Señor–» (Jer 22,15s):

«Un rey justo hace estable el país,  
el que lo carga de impuestos lo arruina» (29,4).  
«Cuando un rey juzga lealmente a los desvalidos,  
su trono está firme por siempre» (29,14).

El buen gobierno necesario para que un pueblo subsista y prospere (cf. Prov 11,14) presupone, además, que el príncipe sea leal, magnánimo, misericordioso:

«Misericordia y lealtad guardan al rey,  
la misericordia asegura su trono» (20,28);

que deteste el mal:

«El rey aborrece el obrar injustamente,  
porque su trono se afianza con la justicia» (16,12; 25,5; 31,3-5);

que se apegue al bien:

«El rey aprueba unos labios sinceros  
y ama a quien habla rectamente» (16,13).  
«El rey ama un corazón limpio  
y aprecia un hablar atractivo» (22,11).

Algunas consecuencias son: la eliminación de la maldad:

«Un rey sentado en el tribunal  
con su mirada avienta toda maldad» (20,8; cf. v.26);

el máximo respeto, manifestado normalmente por el temor reverencial:

«Como rugido de león el terror del rey:  
quien lo irrita se juega la vida» (20,2).  
«Rugido de león es la cólera del rey,  
rocío sobre hierba su favor» (19,20; cf. 25,6s);

el poder del rey de dar muerte y vida:

«La ira del rey es heraldo de muerte,  
el hombre sensato logra aplacarla.  
El rostro sereno del rey trae vida,  
su favor es nube que trae lluvia» (16,14s).

Si el rey no se conforma a la imagen del gobernante ideal, imperará en el reino la prepotencia salvaje, especialmente sobre los débiles:

«León rugiente y oso hambriento  
es el gobernante malvado para los indigentes.  
Un príncipe imprudente oprime a muchos» (28,15-16a).

Por último, no todo se debe al rey. Buena parte del éxito o del fracaso del gobierno de un pueblo se debe a los ministros consejeros del príncipe:

«El gobernante que hace caso de embustes  
tendrá criminales por ministros» (29,12).  
«Cuando gobiernan los honrados se alegra el pueblo,  
cuando mandan los malvados se queja el pueblo» (29,2).



*4.5. Prov y el ámbito religioso*

En casi todos los párrafos precedentes se descubre de una u otra manera el sentir religioso de los sabios; en éste lo tratamos explícitamente y de forma bastante minuciosa por la importancia del tema en sí y en relación con la vida personal del sabio y de sus posibles alumnos o pupilos.

## a. Dios creador

Los sabios, que han recopilado y editado las colecciones de proverbios anónimos y en muchos casos han acuñado, son hombres que han heredado la fe viva en el Dios de Israel. Esta fe la manifiestan los sabios aquí y allí y es el medio que conforma una visión coherente del mundo y sirve de fundamento a una interpretación de la vida dentro de las coordenadas de espacio y tiempo.

En ningún lugar del libro de los Proverbios se intenta probar la existencia de Dios o defenderla de posibles ataques. Los sabios viven simplemente inmersos en una concepción de fe religiosa en un Dios, Señor y Creador absoluto de todo cuanto existe; del mundo en primer lugar:

«El Señor cimentó la tierra con destreza  
y estableció el cielo con pericia» (Prov 3,19; cf. 8,22-31).

Es la misma fe que profesan los profetas y que se encuentra en el frontispicio de la Torá: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gén 1,1).

Fe también en Dios, creador del hombre, formulada con expresiones en las que las partes están por el todo:

«Oído que escucha, ojo que mira:  
ambas cosas las hizo el Señor» (20,12);

o una clase de hombres por todas:

«Quien se burla del pobre afrenta a su Hacedor» (17,5a).

b. Todo está patente a los ojos de Dios

Esta afirmación es más una conclusión de la fe en el Señorío absoluto de Dios que un principio fundamental. Su valor pedagógico es evidente, porque refleja muy bien el espíritu religioso que todo lo ilumina.

Dios está presente en todo lugar y tiempo; no necesita luz exterior alguna porque él es «artífice de la luz, creador de las tinieblas» (Is 45,7); «los ojos del Altísimo son mil veces más brillantes que el sol» (Eclo 23,19a). Es imposible que algo esté oculto a los ojos de Dios, pues «Infierno y Abismo están patentes a Dios, ¡cuánto más el corazón humano» (Prov 15,11). Así pues, lo más íntimo del hombre es como un libro abierto ante el Señor: «Los caminos humanos están patentes a Dios, examina todas sus sendas» (5,21; cf. 15,3; 24,12; Eclo 23,19b).

Esta enseñanza es doctrina firme en Israel (cf. Sal 11,4s; 2 Crón 16,9; Zac 4,10a; Eclo 16,17-23) y en todo el ámbito semítico. Un proverbio árabe da fe de ello: «En la noche negra, sobre una piedra negra, una hormiga negra: Dios la ve».

c. Dios protector, providente

La omnipresencia y clarividencia de Dios de hecho no generan en el creyente angustia o temor paralizante, sino un sentimiento de seguridad y confianza:

«Pues el Señor se pondrá a tu lado  
y guardará tu pie de la trampa» (Prov 3,26; cf. Sal 91,14-16;  
121,3).

Sentimiento reforzado por una convicción sólida, firme:

«Torreón fortificado es el nombre del Señor:  
a él se acoge el honrado, y es inaccesible» (18,10; cf. Sal  
20,8).

Pues el fiel está seguro de que el Señor está de su parte:

«El camino del Señor es refugio para el hombre cabal,  
y es terror para los malhechores» (10,29).

Y más aún de parte de los pobres y desvalidos, como se afirma sin sombra de duda en Prov 22,22s:

«No explotes al pobre, porque es pobre;  
no atropelles al desgraciado en el tribunal,  
porque el Señor defenderá su causa  
y despojará de la vida a los que lo despojan».

Por todo esto los sabios exhortan a la confianza incondicional en Dios:

«Confía en el Señor de todo corazón» (3,5a; cf. 22,19a);

proclaman dichoso al que confía en él (cf. 16,20b) y están seguros del éxito en sus empresas:

«El que confía en el Señor prosperará» (28,25b; cf. 3,6; 20,22b; 29,25b).

#### d. Dios tiene la última palabra

Dios es el verdadero Señor de la naturaleza y de la historia, nada puede escapar a su dominio, sin que por ello sea disminuida la libertad humana. Varios proverbios afrontan esta enseñanza; cada uno de ellos formula un aspecto diferente:

«El hombre medita muchos planes,  
pero se cumple el designio del Señor» (Prov 19,21).

Este proverbio corresponde al nuestro: «El hombre propone y Dios dispone». Sólo Dios conoce los hilos ocultos de la vida; a veces ni el mismo hombre puede ser juez de sí mismo:

«Al hombre le parece siempre recto su camino,  
pero es Dios quien pesa los corazones» (21,2).

Y, si se trata del futuro, difícilmente acertará aun el mejor preparado, pues:

«las suertes se agitan en el regazo,  
pero la sentencia viene del Señor» (16,33; cf. 29,26; 16,1).

Frente a la voluntad del Señor no valen ni la habilidad  
ni las fuerzas humanas:

«No hay habilidad ni hay prudencia frente al Señor,  
se apareja el caballo para la batalla,  
pero la victoria la da el Señor» (21,30s).

e. Dios ante el mal y el bien

Los sabios de Proverbios no dudan cuando hablan de  
los sentimientos del Señor ante lo que está mal y lo que  
está bien:

«Seis cosas detesta el Señor  
y una séptima la aborrece de corazón:  
ojos engreídos, lengua embustera,  
manos que derraman sangre inocente,  
corazón que maquina planes malvados,  
pies que corren para la maldad,  
testigo falso que profiere mentiras  
y el que siembra discordia entre hermanos» (Prov 6,16-19).

El engaño y la mentira no los tolera el Señor (cf. Prov  
11,20; 12,22) y mucho menos si van unidos a la injusti-  
cia:

«El Señor aborrece las balanzas falsas  
y le gustan las pesas exactas» (11,1; cf. 20,10.23);

o en los tribunales:

«Al que absuelve al culpable y al que condena al inocente, a  
los dos los aborrece el Señor» (17,15).

f. Doctrina sobre la retribución

En cuanto al problema de la retribución, el libro de  
los Proverbios es fiel a la enseñanza de la tradición. La lí-  
nea del horizonte no traspasa la barrera de la muerte. La  
retribución, por tanto, debe realizarse durante la vida, sin

que la dura realidad haga mella todavía en la firmeza de las afirmaciones:

«Se derrumban los malvados y desaparecen,  
pero la casa de los honrados subsiste» (Prov 12,7; cf. Sal 37).

Esta convicción se repite una y otra vez:

«Tarde o temprano el malvado la paga,  
el linaje de los honrados está a salvo» (11,21; cf. vv.7.23.30s)

«Al honrado no le pasa nada malo,  
los malvados andan llenos de desgracias» (12,21; cf. 13,9.21s;  
14,11.19; 25,6.25; 17,13; 21,12; 22,4; 24,15s.19s).

Las contrariedades en la vida son parte de la pedagogía de Dios que hay que soportar con respeto y dignidad:

«No rechaces, hijo mío, el castigo del Señor,  
no te enfades por su reprensión,  
porque al que ama lo reprende el Señor,  
como un padre al hijo querido» (3,11s; cf. 17,3; Job 5,17s).

#### g. El temor del Señor

Las enseñanzas sobre el temor del Señor están íntimamente ligadas a la literatura sapiencial. El temor del Señor es la expresión de una forma de piedad muy común en Israel. En este contexto temor es sinónimo de reverencia y respeto, no de miedo o terror. Significa, pues, el reconocimiento del señorío y de la soberanía de Dios sobre todo y sobre todos, la confesión de su grandeza y trascendencia por encima de toda realidad y acontecimiento. El temor o respeto al Señor coloca al hombre en su lugar adecuado; por esto el proverbio dice:

«El temor del Señor es escuela de sabiduría,  
delante de la gloria va la humildad» (Prov 15,33);

y en otro lugar:

«El que procede rectamente teme al Señor,  
el que pervierte su conducta lo desprecia» (14,2).

Sabemos que el hombre sin la sabiduría es un necio que no tiene futuro; pues bien, «el comienzo de la sabiduría es el temor del Señor» (9,10a; cf. 1,7; 2,5). El temor del Señor es también «manantial de vida que aparta de los lazos de la muerte» (14,27; cf. 22,4; 8,13; 16,6b) y «prolonga la vida» (10,27a; cf. 19,23), porque «es baluarte seguro» (14,26a). En la lucha de cada día «más vale poco con temor del Señor que grandes tesoros con sobresalto» (15,16; cf. 31,30).

Más adelante un discípulo del experimentado Qohélet resumirá la enseñanza de su maestro con este consejo: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos» (Ecl 12,13), que es como el eco de la voz de la tradición, expresada en Prov: «No te tengas por sabio, teme al Señor y evita el mal» (3,7; cf. 23,17; 24,21).

El hombre verdaderamente piadoso, el que teme al Señor, tributa a Dios un culto sincero (cf. 3,9s), que no puede conciliarse con la práctica de la maldad por ser abominable al Señor (cf. 15,8.29; 21,27). Él sabe muy bien que «practicar el derecho y la justicia Dios la prefiere a los sacrificios» (21,3; cf. Os 6,6), doctrina recogida en Mt 9,13.